

EL DESCUBRIMIENTO DEL TERRITORIO

por

RICARDO R. CAILLET-BOIS.

POCO después de librarse el encuentro de Chupas, uno de los conquistadores, Diego de Rojas, se presentó ante Vaca de Castro solicitando autorización para ir a descubrir y conquistar la región situada al Sur del puerto y río de Arauco. La provisión acordándole el favor fué concedida, probablemente, en noviembre de 1542.

El 14 de diciembre, Rojas firmó un poder a su yerno Francisco de Cárdenas, para que pudiese adquirir los implementos necesarios (hasta seis mil pesos oro) para la realización de la jornada, los cuales debían ser enviados por mar “al puerto de la provincia de Chile o al puerto de Arauco...”.

Entre tanto se alistaban todos aquellos que deseaban participar en la aventurera empresa. Felipe Gutiérrez y Nicolás de Heredia completaban el elenco de jefes. Rojas llevaba el título de “gobernador”; Felipe Gutiérrez el de “capitán general” y Heredia el de “maestre de campo”. De acuerdo con lo que dice Diego Fernández — que parece haber visto la provisión — ésta establecía que si “el uno muriese quedase el cargo en los dos, y si los dos, en uno, y que muriendo el tercero, quedase la persona que nombrase”.

Los gastos realizados por cada uno de los tres capitanes no es posible fijarlos por más que se sepa que “gastaron mucha suma de dinero” y que uno de ellos hiciera uso de más de “treyn ta mill pesos”.

Poco a poco se agruparon en el Cuzco alrededor de doscientos conquistadores. Con ellos Rojas resolvió intentar la empresa. El pequeño

ejército fué dividido en tres columnas. Rojas debió partir en la primera quincena de mayo de 1543. Gutiérrez hizo otro tanto poco después. Heredia fué el último en salir (“que fué el que entró con su gente a la postre”).

Rojas inició las marchas desde el Cuzco al frente de unos sesenta soldados, según asegura el cronista Lozano. Pasaron por La Plata (?) y desde allí siguiendo la ruta abierta por los Incas, penetraron en el Noroeste argentino. Llegaron así a *Chicoana*, pueblo de indios pulares situado entre las actuales poblaciones de Cachi y Molinos — opinan Boman, Coni, Levillier y Lizondo Borda — pueblo indígena situado, según el señor Carlos Reyes Gajardo¹, en el valle de Luracatao “porque hasta no ha muchos años era el camino más expedito y transitado a Chile”.

Précisando su información asegura este autor que el núcleo de población de los chicoanas pudo haber estado en el promontorio llamado “Peña Bola” al norte de la laguna de Luracatao. Añade que en la cima de las peñas de dicho punto existen restos “de una gran vivienda de indios... en una extensión aproximada de una hectárea y donde se encuentran vestigios de ranchos pircados...”.

En cambio, el doctor Atilio Cornejo, se manifiesta partidario de Antofagasta de la Sierra o Incahuasi.

Encontrándose la fuerza expedicionaria a esta altura hallaron — según lo relatan los cronistas — “gallinas de Castilla, y preguntando a los indios de dónde las habían habido, dijeron que las había pasadas las montañas”. ¿Qué grado de veracidad encierra la citada información de los cronistas? ¿Se hallaban en la vecindad de pobladores blancos, dueños muy probablemente, de riquezas? Nada más sabemos, pero lo cierto es que los indisciplinados conquistadores reclamaron cambio de ruta, a lo que accedió el jefe, con lo cual se abandonó definitivamente la primera derrota. Esto planteaba la necesidad de efectuar un alto, para buscar la incorporación de Felipe Gutiérrez y los suyos y, en último caso, para señalarle el nuevo camino. Dejó veinte soldados bajo el mando de Diego Pérez

(¹) CARLOS REYES GAJARDO, *Apuntes históricos sobre San Carlos del valle Calchaquí de Salta*, pág. 17; Buenos Aires, 1938.

Becerra con orden de esperar la incorporación de la columna acaudillada por Gutiérrez; y, con el fin de acelerar las marchas de este último, destacó a un grupo de arcabuceros dirigidos por Pero López de Ayala quien, una vez hallado Gutiérrez, debía servirle de guía.

Hecho esto, Rojas, con el resto de su destacamento, dispuso se reiniciara la marcha “y pasaron las montañas con grandísimo trabajo por ser tierra muy áspera...”; “anduvo por caminos harto dificultosos hasta allegar a una provincia que ha por nombre Tucumá, la cual está pasada la Cordillera de los Andes a la decaída de una no poco fragosa sierra, pero no tiene más de cuatro leguas de travesía; e para allegar a esta provincia fueron abajando por un arroyo abajo”. De acuerdo con estas escasas noticias y las referencias que nos suministra la cartografía, es posible — aunque sea totalmente hipotético — describir el itinerario de Rojas en este nuevo tramo de su marcha.

Debió pasar por Angastaco, Cafayate, Tolombón hasta dar en los Tambos de la Ciénaga¹ (altura del *Bañado* actual, al norte de Quilmes), en cuyo punto o algo más al Sur debió torcer a la izquierda para seguir el curso del río Infiernillo (río que adopta los nombres de Angostura, de la Quebrada y Romanos) hasta desembocar en la región llana del actual Tucumán.

Rojas habría descubierto el verdadero Tucumán; más aún, habría llegado a la vista del pueblo de Tucumánhaho. Los indios se ponían precipitadamente en fuga. Diego de Rojas, teniendo noticias de hallarse en las inmediaciones de territorios más poblados, siguió hasta dar con una indiada cuyo cacique Canamico, les salió al encuentro con aguerrida tropa; juzgue el lector: “indios gente alta, bien dispuesta, y traen conforme a su estatura los arcos con que pelean”. Desbarató a los enemigos a quienes escarmentó fuertemente, luego retrocedió, no sin destacar a Francisco de Mendoza con unos diez caballos para que buscara a Gutiérrez y le pidiese acelerase las marchas; el comisionado lo halló en Topano o Toparo y juntos se dirigieron en busca de la columna de Rojas. Este había pasado a Capayán, en donde se estableció, dispuesto a tener a raya

(¹) Atilio Cornejo se opone resueltamente a aceptar este itinerario. (*Apuntes históricos sobre Salta*, pág. 62, Buenos Aires, 1937).

a los audaces naturales (¿siguiendo para ello la actual cuesta de Totoral o sus inmediaciones, o por Balcosna y Singuil?),

La ubicación de Capayán plantea uno de los numerosos interrogantes que existen en el estudio de esta entrada. Si bien es cierto que ni Gutiérrez de Santa Clara ni Fernández de Palencia mencionan expresamente este lugar, en cambio, Cieza de León, Herrera y Lozano lo incluyen en sus respectivas crónicas. Contrariamente a lo aseverado por Jaimes Freyre, sostengo que la aparición del nombre de Capayán en la crónica de Cieza de León es de gran importancia. Además, de la aceptación o del rechazo de la ubicación que se le dé a Capayán, depende la reconstrucción del itinerario seguido por Rojas y los suyos.

Freyre asevera que Capayán no es el nombre de un pueblo único, de suerte que además del Capayán catamarqueño existe otro en la región de los huarpes y otro más moderno en La Rioja. No hace mucho un autor riojano reivindicó para su provincia la ubicación del Capayán de la época de Rojas. Pero, pese a las opiniones vertidas a ese respecto y a la autoridad de sus sostenedores, entiendo que la opinión sustentada por Lozano y, más tarde, por Boman está aún en pie. El Capayán de que nos habla Cieza es el que se halla ubicado en Catamarca.

Por otra parte, de no admitirse esto, todas las distancias señaladas por cronistas carecerían de la exactitud aproximada que se les ha encontrado y, por ende, habría que cambiar totalmente el derrotero de la expedición. Además, mientras el Capayán riojano no está registrado en la cartografía conocida, el catamarqueño aparece señalado en los mapas de 1609 y 1668, registrados por el Padre Guillermo Furlong en su excelente *Cartografía jesuítica del río de la Plata*.

Pero los indios de Capayán ocultaron sus víveres con lo cual hicieron la vida imposible a los recién llegados. Tuvo noticias Rojas de que sería posible hallar víveres en “cierta provincia llamada Concho, y encaminándose a ella con presta determinación, halló franca la entrada”.

La provincia en cuestión es posible identificarla — tal como lo ha hecho Christensen — con un lugar situado al oriente de Capayán y a unos treinta kilómetros al norte de la Punta de Maquijata. Es hoy el

nombre de una estancia pero es posible inferir que el nombre actual es tan sólo el que corresponde a una fracción de la antigua merced¹.

En Concho se produjo la reunión de Rojas y Gutiérrez y ambos de común acuerdo resolvieron “pasar adelante en la conquista, hasta ver si acertaban a dar con el famoso río de la Plata”. ¿Fue esa la intención? ¿No habrán continuado en persecución de la tierra de los Césares?

Reanudada la marcha se dirigieron a “la provincia de Mocaajar” o Mocaquaxa respecto de la cual supieron que estaba “catorce leguas más adelante” y que — tal como lo dice Christensen² — “es casi con seguridad lo que se llama Maquijata al presente”. Lozano afirma: “venía a ser parte de lo que después se llamó provincia de los juríes”. La marcha — tal como se lo habían prevenido los naturales — fue en extremo penosa: “en el camino no había agua, porque era seca de ella, sin haber otros árboles que algarrobos”³. Trataron de avanzar rápidamente al atardecer, pues el sol calcinaba a los resueltos expedicionarios: “la gente de servicio que iban con los españoles muchos se quedaron muertos a causa del calor e falta de agua, e los caballos iban bien fatigados”. Una lluvia providencial vino a calmar los ardores de la sed, evitando un desastre para la pequeña columna. Es decir que, desde Concho, partieron hacia el nacimiento en demanda del río actualmente llamado Dulce situado como a quince leguas castellanas. Pero como viajaron durante la noche, los guías debieron perder el rumbo llegando, entonces, al paraje denominado Mocaajar, Mocacaj o Mocajuca que podría identificarse con la localidad hoy bautizada con el nombre de *Punta de Maquijata* o simplemente *La Punta* (villa situada en la extremidad sur de la sierra de Guasayán).

Los indígenas, al notar el pequeño número de los invasores, movilizaron varios centenares de guerreros y comenzaron a atacar a la aguerrida fuerza de Rojas.

(1) Diego Luis Molinari advierte, a su turno, que el “actual departamento de Ancasti se denominaba antiguamente Curato de Maquijata” (en *Nosotros*, n° 94, págs. 272 a 278; Buenos Aires, febrero de 1917).

(2) JUAN CHRISTENSEN, *Descubrimiento del Tucumán. Itinerario de Diego de Rojas*, en *La Nación*, 13 de octubre de 1916.

(3) PEDRO DE CIEZA DE LEÓN, *Guerras civiles del Perú*, II, 325, en *Colección de documentos inéditos para la historia de España*, XXVI; Madrid, 1881. Herrera, que copió mal a Cieza, dice que marcharon hacia el Poniente, cuando en realidad fue hacia el Oriente.

En un momento de descanso que le dieron los indios, Rojas despachó a Pero López de Ayala para que, al frente de cuarenta hombres “fuese a descubrir lo de adelante”. Entre tanto, Rojas, en Mocajar, debió sostener nuevos combates en uno de los cuales fué herido por una flecha envenenada de los indios. Sin poder combatir el terrible efecto del veneno, vió agravar por momentos su situación. Cundió, entonces, en el campamento, el rumor de que, en realidad, la culpable del estado del jefe era la Enciso amante de Felipe Gutiérrez, que había insistido en curarle la herida al desventurado caudillo. Fué inútil que Gutiérrez se defendiera de tal acusación — aunque Rojas aparentó aceptar sus protestas de inocencia — pues, poco antes de morir, confirió el mando a un joven de Medellín, Francisco de Mendoza, de quien se había hecho muy amigo. Antes de expirar Rojas pidió a Felipe Gutiérrez que aceptase dicho nombramiento.

De acuerdo con las informaciones suministradas por Pero López de Ayala (que había llegado hasta el río Soconcho o Dulce hallando en él “á una parte é a otra parte... grandes poblados” y a los cuales había arribado después de marchar hacia el Oriente “por tierras de grandes secadales y de muy espesos algarrobales”), se ordenó trasladar el real a las tierras descubiertas. La expedición hizo alto junto a las orillas del Soconcho o Dulce, en el pueblo del mismo nombre. Cieza nos dice que había “grandes poblaciones cerca de él, tantas que dicen, los que las vieron, que se podrían hacer algunas nuevas” pero sus moradores no revelaban poseer civilización adelantada: “todos son una behetría e gente tan sin orden que *parecen á los brutos*”. Algo más al sur de Soconcho, debieron fundar Medellín. El real fué dejado bajo las órdenes de Pablo Montemayor. Gutiérrez, en unión de Mendoza, se adelantó a descubrir nuevas zonas “por el río Soconcho abajo hacia la parte del Poniente”. Recorrió así unas cincuenta leguas “de tierra llana, y muy poblada, por donde no pocas veces le fué forzoso abrirse camino a punta de lanza, por la fuerte oposición que le hacían los naturales...”. Christensen interpreta estas indicaciones en el sentido de que los expedicionarios marcharon hacia el Norte o Noroeste y calcula que debieron llegar a las inmediaciones de Esteco, en Salta.

A esta altura, los jefes resolvieron reanudar el camino con dirección a Soconcho. En el viaje, Mendoza, temiendo un golpe de mano de Gutiérrez, lo apresó. Inmediatamente dispuso que treinta soldados bajo el mando de Juan García de Almadén custodiasen a Felipe Gutiérrez, Diego Alvarez, Juan Gutiérrez, Valderrama y a la Enciso a quienes, para evitar cualquier conspiración, desterraba al Perú. La partida debía, asimismo, hallar al contingente que mandaba Nicolás de Heredia con quien debía proceder severamente si el maestre de campo no reconocía la autoridad del nuevo jefe de la expedición. Mendoza, entre tanto, organizaba su real y procedía a continuar las exploraciones.

Veamos cuál era la suerte de Heredia. Atrincherado en algún lugar estratégico de las sierras de Tucumán, Heredia y una veintena de arcabuceros resistían heroicamente el formidable empuje de la indiada. Habían penetrado “por otra vía que el gobernador no auía lleuado”. En la mañana de San Marcos Evangelista conseguían divisar desde sus puestos de combate — donde montaban incesante guardia — el inesperado socorro: eran Juan García de Almadén y los suyos.

No tardó Almadén en despachar seis arcabuceros para que condujesen al Perú a los desterrados. El, entretanto, inició el viaje de regreso acompañado por Heredia. Al llegar a Medellín, Heredia tuvo que renunciar al cargo de maestre de campo y jurar como capitán a Mendoza. Ruy Sánchez de Hinojosa fué designado en reemplazo de Heredia.

El nuevo caudillo no tardó en despachar exploradores: mandó así a Juan García de Almadén que “fuese con treinta españoles a descubrir” hacia las espaldas del “valle de Copiapó¹, que está situado a la parte del Poniente del reino de Chile” (¿explorarían los territorios de Catamarca y La Rioja?). Tres meses marchó, pero al faltarle el herreje se vió obligado a regresar a la base. Francisco de Mendoza, por su parte, dejando el real bajo la custodia de Heredia, hizo una salida en busca de “alguna tierra rica, é no topó cosa que buena fuese, é tenía intención de venir á descubrir por aquella parte donde vino Felipe Gutiérrez, é así lo hizo

(1) El cronista Herrera dice: “Copayapo que es en el reino de Chile”. Cieza, en cambio, anota el nombre de Pupayán (“á descubrir hacia las espaldas de Popayán”), pero, evidentemente, ha incurrido en un error. Christensen es de opinión, además, que es posible creer que llevaron un piloto para tomar alturas y determinar la latitud, única forma para poder precisar que estaban a espaldas de Copiapó.

después de llegados Juan García é los compañeros" (exploró probablemente Santiago del Estero)¹.

Es posible que, al verificarse el citado regreso de Mendoza, se produjera un incendio que acabó con la flamante población, obligando a sus moradores a buscar nuevo asiento y, por lo tanto, a reiniciar las marchas ("se quemó todo el dicho rreal e salió el fuego de la posada de un sancho perero"). Resolvieron marchar hacia el Sudeste, es decir, que costearon el río Dulce del cual, por fuerza, no se debían apartar mucho en razón del agua que tanta falta les hacía.

Entraron en una zona de ciénagas, río y salitrales ("que duraron veynte leguas", dice González de Prado). Pasaron sufrimientos increíbles al extremo de tener que fabricar una cama de juncos para evitar que, al dormir, hombres y bestias se hundiesen. Es muy verosímil, entonces, que hayan seguido el rumbo marcado por la costa occidental del río Dulce hasta dar en "amplísimos salitrales, en donde en muchas partes no hallaron que comer sino rayces de yeruas y cauallos que se le murían y muchos huesos de aues no conocidas...".

No es posible afirmar que la partida acaudillada por Mendoza haya seguido tal o cual itinerario, pues los elementos suministrados por los contemporáneos no son lo suficientemente precisos. Algunos autores aseguran que la expedición siguió el río Dulce hasta la altura de Asingasta en donde tuvieron que desviar hacia el Sur² para evitar la zona de "profundos pantanos" que allí se iniciaba (la gran depresión de Los Porongos y Mar Chiquita). Parte de la expedición retrocedió hasta el real, mientras que el resto continuaba con la exploración: "dieron en la sierra con la gente bárbara (barbada(?)) por donde se descubrió la

(¹) Roberto Levillier, basándose en una noticia contenida en la *Probanza* de González de Prado, asevera que Mendoza se dirigió a la provincia de los yuguitas o de los diaguitas. Pero nada existe, a mi modo de ver que, fuera de dicha *Probanza*, permita aceptar que Mendoza y los suyos estuvieran todo un año alejados del real. Por otra parte, es difícil que se apartasen durante tanto tiempo del curso del río Dulce.

(²) Christensen relaciona el itinerario seguido por Francisco de Aguirre, años más tarde, con la ruta recorrida por Mendoza. Dice así: "En su expedición Aguirre siguió por la costa occidental del río Dulce, más o menos hasta enfrentar Asingasta, y de allí giró al Sur hasta Sumampa. Es verosímil suponer que siguió esta ruta para evitar los pantanos que hallaron los de la entrada, y que la desviación aún más al Sudoeste, a partir de Sumampa, fué también porque los de la entrada tomaron este camino".

pronuncia de talamo (talamochita por Calamuchita)", es decir, tierra de indios comechingones (Córdoba). Lozano lo confirma cuando escribe: "Dió desde aquí, la vuelta hacia el Sur, siguiendo el rumbo de la Sierra...". Cieza también lo indica y en términos bien precisos: "se arrimó á una cordillera ó sierras que atraviesan aquellas llanadas...". Marchó así unas ochenta leguas. Atraído, quizás, por las ventajas que parecía ofrecerle la región descubierta, Francisco de Mendoza resolvió trasladar el real a dicha comarca. Reunidos el total de los expedicionarios, se pusieron en marcha rumbo a Córdoba. Pasaron "por el río en balsas de enea y de la otra parte" levantaron nuevamente el campamento en un lugar que más tarde se denominó *Malaventura* (¿norte de Córdoba?). Así se lo bautizó debido a la mortandad de caballos que hicieron los indios comarcanos y a la cantidad de embestidas que éstos les llevaron.

Dejando la custodia del real a cargo de Heredia al frente de la mitad de la fuerza, Francisco de Mendoza, con la otra mitad, continuó las exploraciones. (Basándose en lo aseverado por Alonso Díaz Caballero en una carta fechada el 21 de enero de 1564, Christensen, después de afirmar que los expedicionarios registraron las sierras de Córdoba, aventura la hipótesis de que también exploraron las de La Rioja, San Luis, Mendoza y San Juan).

Bien pronto recogió informaciones precisas: si seguía con rumbo al Oriente "hallaría hombres como ellos". Se referían los indios a los conquistadores que habían penetrado por el río de la Plata. A unas veinticinco leguas (?) del fuerte, en la provincia de Paraonina, según Lozano, y Yanoana, según Herrera y Cieza de León, se encontraron con indios vestidos "de cueros labrados con diversidad de pinturas". (Para Christensen, Yanoana debe ser alguna zona de San Luis o Mendoza). Desbaratados en un reñido encuentro, los aborígenes dieron informes acerca de una zona Sur donde existía una "provincia, muy poblada de gente y rica de oro y plata que ellos llamaban los Yungulos". Mendoza dejó esta exploración para más adelante, siguió la marcha y vino "a salir de la sierra por el paraje de Calamochita (33°30' ?), y dando sobre un pequeño río, que aquí llamamos hoy el Tercero". Siguió el curso del río Tercero o del río Cuarto ("yendo el rrio abaxo de Amaçona", dice González del Prado) y del Carcarañá, para desembocar finalmente en

el caudaloso y ancho Paraná, “casi en frente” del fuerte que, en aquellas mismas márgenes, levantara el infortunado Sebastián Caboto (mediados de 1545).

Pudo incautarse de una caja dejada en dicho lugar por Irala y destinada a orientar la navegación de aquellos que se aventurasen por aquellas latitudes rumbo a la Asunción. Exploró las inmediaciones de aquél río y luego se puso en marcha hacia el Norte. Trece jornadas anduvo en aquella dirección, pero el cansancio, los obstáculos naturales y el descontento de su tropa impidióle realizar el proyecto de llegar al asiento fundado por Salazar. Debió dejar entonces — quizás en el mismo lugar de la fortaleza de Sancti Spiritus — una carta en respuesta de la que había hallado en dicho lugar.

Rehicieron el camino “sin haber hallado oro, ni plata, ni otro metal alguno” y volvieron a recorrer los hermosos prados y las majestuosas serranías de Córdoba. Buscaban el real *Malaventura*.

Divisado éste que, al parecer, se había trasladado a tierra de comechingones (en el “distrito de las cuevas” que es “hoy la Sierra de Achala”), no tardaron en reunirse con los arcabuceros allí acampados los cuales habían sostenido terribles combates con los belicosos indígenas. Interrogados algunos de los prisioneros aborígenes dónde había oro, éstos “apuntaban hacia las sierras, y estaba en este paraje adelante de Chile”.

Esto último explica la resistencia que encontró Mendoza entre sus soldados cuando, en una reunión celebrada al efecto, intentó convencerlos para que fuesen “donde estaba Domingo de Irala y no a Chile”.

Fatigados por el peso de una marcha que se hacía cada vez más interminable, enervados por privaciones sin cuento, por vigiliass continuas como por los diarios combates, la soberbia de los conquistadores no tardó en estallar enfrentándose sin temor con el jefe que, sin reparos, no sabía medir el sacrificio de los suyos y trataba con desdén cuando no injuriaba.

Desde ese instante la suerte estuvo decidida para Francisco de Mendoza. En la noche de Nuestra Señora de Setiembre veinte conjurados contando, probablemente, con la complicidad de Heredia, atacaron a Francisco de Mendoza y a Sánchez de Hinojosa, cosiéndolos a puñaladas.

Heredia fué obedecido en adelante como gobernador y capitán general. De inmediato se trató la ruta a seguir. Un grupo de los presentes sostuvo

e impuso que era preferible bajar “a las provincias de los yugitas e juries”. Se trataba de llegar a “los reynos del Peru” para poder solicitar a las autoridades socorro para volver a penetrar en el territorio. Veinte días más tarde iniciaban la marcha desde el Oeste o Noroeste de Calamuchita rumbo al Noreste y, acosados por el hambre, pasaron a las “provincias de los yugitas o juries”. Desde la región habitada por los comechingones pasaron a la de juries donde primero habían estado. Pero se encontraron los maizales “en berza” y debido a la falta de víveres, el jefe salió a explorar en dirección al Salado, “a donde se halló algun maiz e mucho pescado”.

Heredia despachó a Pero López de Ayala para que acopiase víveres en la zona de Soconcho, “distante catorce leguas” (para Cieza de León son 15), y con idéntico propósito hizo salir a Diego de Maldonado “por otro rumbo con otra banda de caballos”. Maldonado debía recorrer la zona situada a la “mano diestra de donde iba Pedro López de Ayala”.

Durante un mes marcharon sin cesar, probablemente, como dice Christensen, por las serranías de Catamarca hasta caer, finalmente, en la jurisdicción de San Miguel de Tucumán, en la zona dominada por los lules (“e fui a descubrir las provincias de los lules”, dice González de Prado). Fué entonces cuando unos prisioneros les informaron acerca de la existencia “de otra provincia hacia un río que llevaba el agua colorada”. Esto los decidió a destacar una partida exploradora bajo el mando de Diego Alvarez, que al poco tiempo regresó trayendo las noticias que los alentó a avanzar hacia la provincia habitada por lules. No hallaron, empero, víveres suficientes, lo cual los obligó a trasladarse hasta el pueblo Munides. Alvarez exploró entonces “ciertas poblaciones llamadas Guacara”. Por su parte, Heredia avanzó siguiendo la orientación marcada “por un río arriba que cerca de allí estaba”. Quince leguas se recorrieron así, con poca suerte, pues no consiguieron subsanar la escasez de alimentos. Hambrientos y cansados volvieron a levantar la voz contra Heredia, amenazando con un motín. Al parecer fué entonces cuando se abandonó definitivamente la idea de fundar una población en el territorio explorado.

Finalmente, se acordó salir de la comarca, y González de Prado nos informa: “passamos los andes”, con lo cual está denunciado que escalaron

los contrafuertes del Aconquija, cruzaron las sierras y desembocaron en los llanos de Salta. Desde allí, siguiendo la quebrada de Humahuaca¹, llegaron, finalmente, al Perú (invierno de 1546).

(¹) "...y llegando a Omaguaca halló fortificados á los naturales en un sitio inexpugnable" (PEDRO LOZANO *Historia de la conquista del Paraguay, Río de la Plata y Tucumán*, IV, 78; Buenos Aires, 1874); "dieron en tierra del Perú, saliendo cien leguas más abajo de por do habían entrado la cordillera de las sierras abajo..." (DIEGO FERNÁNDEZ, *Historia del Perú*, II, 47; Madrid, 1914); "se hallaron en las tierras del Peru, cient leguas mas abaxo por donde entraron..." (PEDRO GUTIÉRREZ DE SANTA CLARA, *Historia de las guerras civiles del Perú (1544-1548)*, y de otros sucesos de las Indias, III. 189; Madrid, 1905).